

zon, y se conoce el mal, sin poderse resolver á curarlo.

Francisco seguía una máxima sobre este particular, que jamas se imitará demasiado: entendia, que no debía adularse al crimen, pero que era necesario contemplar á los pecadores: hacia del pecado las mas horrosas pinturas, pero no podia sufrir que se pintase la virtud de un modo capaz de hacerla odiosa, ó de que se disgustasen de ella: queria por el contrario, que nada se omitiese para hacer patentes todos sus atractivos y dulzuras; y cuando habia infundido el terror en los ánimos, haciendo ver el miedo que debía tenerse á los juicios de Dios, y las consecuencias funestas que acarrea el desenfreno, hablaba de un modo tan tierno de la paz del corazon, de la tiranía de las pasiones, de la alegría de una buena conciencia, y de aquella bienaventuranza anticipada que produce la esperanza de otra vida mas dichosa, que no se podia menos al oírle de entrar en deseos de ser virtuoso: sostenia, que un celo duro y amargo habia perdido mas almas, de las que habia salvado; y que sabia por esperiencia, que muchas gentes próximas á salir del crimen habian vuelto á caer en él por una especie de desesperacion, causada por no haberlos sabido dirigir con dulzura por el camino de la salvacion, sobre todo, cuando empezaban á tratar de convertirse enteramente.

Francisco tan severo consigo mismo no respiraba sino dulzura para todos los demas: no era esta una débil condescendencia, que halagase al crimen con pretexto de tener consideracion con el pecador, sino que era una prudente conducta acomodada á las diferentes necesidades y caracteres del prójimo. Lloraba muy á menudo con los pecadores los pecados que no lloraban ellos mismos, y los inspiraba con su ejemplo el dolor que debian tener, y la conducta que debian observar para evitar las recaidas: cumplia en sí mismo las penitencias

que ellos no podian resolverse á cumplir, y por estos medios ó les alcanzaba de Dios el espíritu de penitencia, ó les obligaba á mostrarse sumisos y obedientes á su divina Magestad: mezclaba sus lágrimas con las de los que veía verdaderamente arrepentidos, velaba, oraba, ayunaba, y suavizaba sus penas, partiéndolas con ellos; pero cuando daba con almas fuertes sin apego á los intereses del mundo, y capaces de emprenderlo todo por Dios, observaba con ellas una conducta constante, firme y elevada, y las conducía por los caminos de la santidad mas sublime. Esto es lo que vamos á ver en el modo con que se portó con respecto á la Baronesa de Chantal.

Con aquella conducta tan prudente, y caritativa, y haciéndose todo para todos, ganó para Dios una infinidad de almas, que probablemente se hubieran perdido, si se hubiese usado con ellas de mas severidad, ó de menos miramiento. Los hombres son naturalmente libres; y no pueden olvidar la independencía para que han sido criados: el rigor los hostiga, y la dulzura los gana. ¡Felices aquellos, que siendo llamados por Dios á la direccion de las almas, saben huir igualmente de una conducta débil, que de un modo de obrar demasiado riguroso!

Habiéndose concluido la cuaresma, las Duquesas de Longueville y de Mercœur que no dudaban, de que Francisco, que tenia tan corta renta, y que no dejaba de hacer limosnas, aun mas de lo que permitian sus fuerzas, no podría menos de carecer de una porcion de cosas, le enviaron con un caballero gentil-hombre, una bolsa muy preciosa, llena de escudos de oro. Francisco miró el trabajo de ella sin abrirla: despues volviéndose al gentil-hombre, le suplicó, que diese las gracias de su parte á aquellas Princesas por el honor que le habian hecho en asistir tan constantemente á sus sermones, y por haber contribuido con su buen ejemplo

al fruto, que éstos podían haber producido: que esta era la única recompensa que esperaba en este mundo, y que daba graciosamente lo que tan liberalmente había recibido de la bondad de Dios. El gentil-hombre insistía en que tomase la bolsa, diciendo, que las Princesas le habían prohibido espresamente el que volviese con ella á su presencia; pero Francisco le respondió, que si ponían alguna dificultad en volver á tomar lo que habían ofrecido á Dios en la persona de uno de sus ministros, podrian hacerle una ofrenda mucho mas agradable, distribuyendo aquella suma entre los pobres que la necesitaban mucho mas que él. Del mismo modo rehusó varios presentes de consideración que le enviaron algunas personas de la mayor distincion. Un modo de portarse tan desinteresado aumentó su reputacion en términos, que no se hablaba en Paris sino *del santo Obispo de Ginebra*, porque no se le daba otro nombre; y todo el mundo se apresuraba á ponerse bajo su direccion, recibiendo sus consejos como unos oráculos salidos de la boca del mismo Dios.

Algunos dias despues de Pascuas, volvió el Rey á Paris. Francisco esperaba, que le daria audiencia sobre el negocio de que había conferenciado con Villeroy; pero S. M., que había oido al Cardenal Perron hacer grandes elogios de los sermones que había predicado en la capilla de Louvre durante la cuaresma, tuvo deseos de oírle. Francisco escedió en su sermón á todo lo que el Rey se había figurado y este quedó tan admirado de su discurso, que volviéndose á los diputados de Ginebra despues de concluido el sermón, les dijo en alta voz: *¿Y bien, señores, que decis vosotros del sermón de vuestro Obispo? Señor, respondió uno de los diputados, si el Duque de Saboya tuviese contra nosotros tan buenas razones como él, bien pronto le volveríamos la sede episcopal, y tal vez nos haríamos todos de su Religión.* El Rey les dijo que tenían razon; y que él jamas ha-

bia visto un predicador mas persuasivo, que tuviese mas uncion, ni cuya vida y acciones sostuviesen mejor lo que predicaba. Se dice, que desde entonces formó la intencion de retenerlo en Francia, y darle un obispado mejor del que tenia. En efecto, nosotros le contaríamos en el dia de hoy entre el número de nuestros mas santos, é ilustres Prelados, si su humildad no se hubiese opuesto á las intenciones de S. M.

Se recibió por entonces en Paris la noticia de la muerte de Felipe Manuel de Lorena Duque de Mercœur. Este Príncipe había tomado á Mahometo III en mil seiscientos y uno la ciudad de Alba-Real en la baja Hungría, y había conducido á sus espensas las tropas que fueron en socorro del Emperador en el primer viaje que hizo á Hungría. Sus bellas prendas hicieron á Rodolfo, que le nombrase general de sus ejércitos; y al volver de defender á Canisa que estaba sitiada por los turcos, fué cuando murió en Nuremberg. Como era cuñado del Rey Enrique III predecesor de S. M., quiso el Rey, que se le hiciesen todos los honores que hubieran podido hacerse á un Príncipe de la sangre. La Duquesa de Mercœur su viuda, no omitió cosa alguna para dar muestras de su dolor; y para honrar la memoria de un Príncipe tan grande, mandó, que se celebrasen las honras en Nuestra Señora de Paris, y Francisco fué el encargado de su parte de decir la oracion fúnebre. Pronunció pues aquel escelente discurso, que despues se imprimió, en presencia de los Príncipes y Prelados de Francia, y de un número inmenso de pueblo.

Dió en él á aquel valiente Príncipe las justas alabanzas, que merecían su vida tantas veces espuesta, y su sangre derramada tan á menudo por la causa de Dios y de la Religion; pero encareció particularmente su piedad, su moderacion en las prosperidades y en las conquistas, su humanidad con los vencidos, su dulzura para con sus soldados, el cuidado que tenia de que nada les

faltase, su ternura hácia los pobres y la justicia que hacía á los pueblos con tanta rectitud, como si hubiese sido un padre, en lugar de un general de ejército, á quien reduce á menudo la necesidad á tolerar las mayores injusticias.

Concluyó de todo esto, que si los vicios deshonoraban á los hombres, cualquiera que fuese su condicion, aun es mas vergonzoso para los Grandes, el ser viciosos: que cuanto mas visibles sean las personas, y mas elevadas sobre los demas, tanto mayor cuidado deben poner en no hacer cosa alguna que sea indigna del rango, en que Dios las ha constituido: que una grandeza brutal, sostenida únicamente por un orgullo odioso, nada tiene que no sea despreciable: que cuanto mas se ha recibido de Dios, tanto mas reconocimiento se le debe; que los mismos Reyes deben gloriarse de haber recibido del Señor todo su poder; y que en general no hay persona alguna que no deba reflexionar á menudo en aquel punto fatal, en que no se muere sino para revivir ó feliz ó desgraciado por toda una eternidad. Este discurso fué recibido con grandes aplausos; y Francisco á pesar de su repugnancia tuvo que condescender con los ruegos de la Duquesa de Mercœur, y permitir que se diese al público.

Por este mismo tiempo fué, cuando el Cardenal de Berule le comunicó el designio que tenia de establecer en Francia los Carmelitas. Francisco, que apreciaba aquella santa Orden todo lo que se merece, aprobó su proyecto: contribuyó en cuanto estuvo de su parte para aquel restablecimiento: sirvióse al efecto de los amigos que tenia en Roma, y como el Papa le apreciaba muchísimo, se valió de todo el ascendiente que tenia sobre él para adelantar esta santa empresa: el resultado correspondió en fin á la esperanza de aquellos dos grandes hombres; y aun se vé en el dia de hoy aquella orden sostenida por tantas personas santas, de las que no

puede dudarse que con sus oraciones atraen cada día nuevas bendiciones del cielo sobre el reino.

No habia reunion alguna piadosa en Paris, á que Francisco no fuese convidado, ni se formaba proyecto alguno de devocion, que no se le comunicase, ni negocio importante á la gloria de Dios, en que no fuese consultado. Apenas le quedaba tiempo despues de tantas fatigas de dar á la naturaleza el descanso indispensable. Sin embargo no perdía de vista el principal negocio que le habia llevado á Paris; y como por él tenia precision de presentarse á menudo en la Corte, esto le ofrecia la ocasion de hablar muchas veces á solas con el Rey. Aquel gran Príncipe, que apreciaba su virtud y ciencia, le proponia á menudo negocios de conciencia, y aun tambien algunos de los mas delicados con respecto á su modo de gobernarse. Puede decirse, que este fué uno de los pasos mas delicados de su vida; porque ello es cierto, que es muy peligroso el decir las verdades á los Grandes; y las generosas palabras de: *no os es permitido*, costaron tan caras al gran San Juan, que las personas mas virtuosas reparan en decir otras semejantes, cuando se hallan en un caso parecido á aquel en que se vió el santo.

Francisco no tuvo jamas la débil condescendencia de adular á los Grandes, ni aun á los mismos Príncipes Soberanos; y cuando le consultaban sobre los negocios de su salvacion, muy lejos de buscar pretextos y dulcificantes para no turbar su peligrosa tranquilidad, usaba de una santa libertad, mezclada siempre con tanta moderacion y dulzura, que los remedios mas amargos se recibian de su mano, sin que casi se echase de ver la amargura que tenian. Esto fué lo que sucedió con respecto á Enrique IV; pero nosotros ignorariamos uno de los lugares mas hermosos de su vida, si no nos lo hubiese revelado aquel mismo Príncipe. Porque dando un dia la razon del particular afecto que le profesaba,

dijo, *que le amaba porque no le habia adulado jamas.* ¡Palabras dignas de un Rey, que ha hecho las delicias de la Francia, y que no puede aun nombrarse sin que se vea renacer en el corazon de los franceses la ternura que se debe á la memoria de un Príncipe tan bueno!

Este ejemplo demuestra claramente, que no desagradaba tanto la verdad, como el modo que regularmente se tiene de decirla. En efecto, nada hay mas digno de los grandes Príncipes que la verdad. La fortuna, por decirlo asi, les ha dado con profusion todo cuanto tiene. Un amigo verdadero es para ellos un don del cielo. La distancia casi infinita que hay entre los Reyes y los particulares, no permite á estos últimos tratarlos con la franqueza y sinceridad propias de la amistad verdadera. El grande Enrique no era de este parecer. Quería amigos, y los tenia. Verdad es, que sabia elegirlos; pero cuando llegaba á dispensarles este honor, les permitia, que lo tratasen como tales, y les concedia todos los derechos, á que en tal concepto eran acreedores. La historia de San Francisco de Sales nos ofrece un ejemplo de esta verdad, que hace demasiado honor á la memoria de aquel incomparable Príncipe para pasarlo en silencio.

Habia un caballero en la Corte llamado Deshayes, á quien habia nombrado el Rey gobernador de Montargis. Este es el mismo, de quien se ha hablado, tratando de Beza: era un excelente vasallo, que amaba á su Rey y que le guardaba una fidelidad á toda prueba. Enrique estaba bien persuadido de ello; y Deshayes era del número de aquellos, á quienes este gran Príncipe llamaba amigos suyos.

Habia notado, que mediaba una union de las mas estrechas entre Francisco y aquel caballero: esto fué lo que le hizo preguntar un dia á este último, á quien queria mas, si á él, ó al Coadjutor de Ginebra, cual de las dos amistades le era mas cara, y cual seria la

que preferiria á la otra, si se veia en el caso de tener que elegir entre las dos. Deshayes sorprendido de esta pregunta, respondió al Rey, que las bondades con que S. M. habia tenido á bien honrarle, no le habian hecho olvidarse, de que era vasallo suyo: que lo que le debia en calidad de tal, escederia siempre á todo cualquier otro empeño, que pudiera contraer: que tenia por S. M. un celo y una fidelidad sin limites; pero que en cuanto á la amistad, era demasiado grande la distancia que mediaba entre un Rey y un vasallo, para que se atreviese á usar de aquel término, aunque le confesaba francamente, que sentia hácia S. M. todo lo que puede inspirar la amistad mas tierna y respetuosa.

El Rey replicó, diciéndole, que no se informaba de lo que le debia en cualidad de vasallo: que jamas habia dudado ni de su celo, ni de su fidelidad: que se trataba solamente de la amistad, y de lo que sentia con respecto á él, no como Rey, sino como Enrique, y que queria que le dijese francamente, á quien profesaba mayor amistad, si al Obispo de Ginebra, ó á él.

Un cortesano mas disimulado no hubiera titubeado para responder; no le hubieran faltado las espresiones mas vivas, y la sinceridad aparente hubiera pasado la plaza de verdadera. Deshayes no tenia semejante carácter; y mas pronto hubiera renunciado á su fortuna, que á la amistad de Francisco: una mentira le costaba mucho, y no sabia disimular; y aun cuando hubiera podido resolverse á fingir, su rostro y aire le hubieran desmentido al momento.

El Rey, que apreciaba las gentes que tenian este carácter, se divertia al ver la turbacion de Deshayes, y le instaba; diciéndole: *Deshayes, es preciso responder.* En fin, Deshayes no pudiendo escaparse de hacerlo, le respondió en estos términos: *que puesto que S. M. le mandaba explicarse con tanta franqueza, le confesaba, que sentia hácia su Real Persona toda la veneracion*

*y ternura de que era capaz; pero que también quería mucho al Obispo de Ginebra.*

Esta respuesta no tan solamente no desagradó al Rey, sino que muy al contrario, conmovido de la franqueza de Deshayes, le dijo: *nada tengo que decir en contra de vuestros sentimientos, pero yo os ruego á los dos, que á lo menos, sea yo el tercero en vuestra amistad.* Añadió, que habia encargado al Duque de Espernon, que prometiese á Francisco el primer obispado que vacase, y entretanto una pension de cuatro mil libras. Deshayes trasportado de gozo al oír esto, se echó á los pies de S. M. para darle las gracias, mas sensible al bien de su amigo, que lo hubiera sido, si el Rey le hubiese hecho á él una gracia parecida á aquella. Pero el Príncipe levantándole con su acostumbrada bondad, le dijo. *Id, adelantaos si es posible al Duque de Espernon, y decid vos mismo al Coadjutor de Ginebra, lo que tengo intención de hacer en beneficio suyo.*

Los franceses necesitan en la generalidad tener un Soberano, que tenga mucha magestad, que se haga respetar, y que se familiarice poco con ellos. Sin embargo no puede negarse, que una bondad semejante á la de Enrique tiene grandes atractivos. Verdad es, que se necesita una gran prudencia para saber usar de ella con tino; pero una vez encontrado este secreto tan difícil de hallar, no hay otra cosa sino que sea la Religion, que pueda poner términos al respeto que se vé uno obligado á rendir á unos Príncipes de semejante caracter. Así fué como ganó Enrique el corazón de sus vasallos; y no hubo persona alguna que abusase jamas de aquella familiaridad, sino únicamente el Mariscal de Biron: pero Dios permitió, que fuese castigado como merecia.

En tanto que pasaba entre el Rey y Deshayes lo que acaba de contarse, habia cumplido el Duque de Espernon con su comision: habia instado á Francisco de

parte de S. M. para que permaneciese en Francia, y le habia ofrecido el obispado y la pension. Pero el Duque no pudo conseguir que aceptase una cosa ni otra. Francisco respondió muy agradecido, *que S. M. le hacia mas honor del que merecia: que sus heróicas cualidades le ganaban suficientemente los corazones, sin necesidad de que añadiese á ellas los beneficios: que estaba penetrado de la dicha que era, el ser vasallo de un Príncipe tan grande y tan bueno: que si él hubiese de seguir los sentimientos de su corazón no abrazaría otro partido que el que se le proponia; pero que en cuanto al obispado, Dios le habia llamado contra su voluntad al de Ginebra: que para responder á su vocacion se creia obligado á conservarlo toda la vida, y que en cuanto á la pension, le bastaba lo poco que tenía para mantenerse; en la inteligencia, de que si tuviese mas, no le serviría sino de cuidados y disgustos.*

Habiéndole llevado al Rey esta respuesta, se quedó parado al oírla. Admiró el ningun apego, que tenía á los bienes y á la fortuna, y no pudo menos de decir que habia mas mérito en despreciar uno y otro, que en sujetar un imperio. Despues le proponía siempre como el modelo de la perfeccion cristiana, y añadía, que no conocia otra persona mas que Francisco, que fuese capaz de volver el estado eclesiástico á su primitivo esplendor, y destruir los hereges que turbaban su reino, y que era lástima que un hombre tan grande estuviere retirado y escondido entre las montañas.

Una virtud tan pura y tan generalmente reconocida, parecia que debia estar á cubierto de la envidia y de la calumnia. ¿Pero hay por ventura alguna cosa por santa que sea, á la que no ataquen estos dos monstruos? ¿Hay algun sitio en el mundo en donde reinen mas impunemente, y en donde sean mas temibles, que en las Cortes de los Príncipes? Un mérito aislado no será ja-

mas el objeto á donde se dirijan sus tirós, pero cuando está sostenido por el favor del Soberano, nunca le faltan envidiosos que traten de destruirlo, y mas pronto se perderá á la persona, que se perdonará al mérito.

Esto es lo que esperimentó Francisco en la misma época de que estamos hablando. Su mérito, ó por mejor decir, el favor del Rey, hizo que tuviese envidiosos; y estos envidiosos trataron de perderle. Para salir bien con su intento, se convinieron en acusarle, de que trabajaba para renovar la conspiracion del Mariscal de Biron. Nadie dudaba, de que en ella habia entrado el Duque de Saboya. Francisco era vasallo suyo. Hé aqui el fundamento de la acusacion. Se dirigieron pues los acusadores al mismo Rey, y le dijeron que la virtud aparente de Francisco no era sino una hipocresía disfrazada: que en la realidad era un emisario del Duque de Saboya, tanto mas peligroso y digno de temerse, cuanto que sabia insinuarse muy bien, y tenia el arte de captarse las voluntades y grangearse muchos amigos: que el restablecimiento de la Religion católica en la Bailía de Gex no era mas que un pretesto; y que el verdadero motivo de su viaje á Paris habia sido otro del que parecia.

Estas acusaciones eran muy bajas, para que hiciesen impresion en el ánimo del Rey: hé aqui lo que á ellas añadieron: que tenia relaciones particulares con todos aquellos, de quienes se habia sospechado que estaban en inteligencia con Biron, y que se habian dejado ganar por el Duque de Saboya: que él no habia podido menos de hablar con aprecio del Mariscal: que entrando un dia en la Iglesia, en que estaba enterrado, se le habia oido lanzar profundos suspiros: que algun tiempo despues, habiéndole rogado que predicase, encargó á sus oyentes que rogasen á Dios por el feliz éxito de un negocio importante; y que probablemente este negocio no podia ser otro, que el renovar la conspiracion

de Biron. Concluían de estos supuestos antecedentes, que era muy prudente asegurarse de su persona y papeles, y pretendian que con esto se descubrirían muchas cosas que jamas se hubieran sospechado en un hombre tan virtuoso en la apariencia, y tan desprendido de las cosas del mundo.

Aunque estas razones fuesen sumamente débiles, Enrique que era estremadamente delicado sobre el negocio de que se trataba, no dejó de hallarlas verosímiles; pero su prudencia no le permitió dar un paso tan ruidoso sin informarse antes mejor. Creyó, que era preciso observarle, y por desgracia dió la comision de hacerlo á los mismos que acababan de darle aquellos avisos, es decir, á las personas que mas interes tenian en hacerlos parecer como verdaderos, costase lo que costase el poderlo lograr.

Sin embargo, como Francisco tenia un gran número de amigos en la Corte, no pudo ser tan secreta aquella acusacion, que no le diese parte de ella un caballero que le apreciaba mucho: este fué al momento á su casa para contarle lo que habia pasado; y no habiéndole encontrado en ella, fué á buscarle á San Benito, en donde predicaba la octava del Santísimo Sacramento. Le encontró al pie del púlpito, y ya dispuesto para subir á él, y en aquel mismo sitio fué en donde supo el delito de que se le acusaba.

Apenas habrá inocencia, que resista á una prueba de esta naturaleza: se turba uno á lo menos, ó se asusta; y cuanto menos capaz se cree de semejantes crímenes, tanto mas se sorprende, al ver que se le haya podido acusar de haberlos cometido. Francisco no obstante no esperimentó sensacion alguna de esta especie. Seguro de su inocencia, de las luces y bondad del Rey, y sobre todo de la proteccion de Dios, dió las gracias al caballero con una tranquilidad que le sorprendió; subió al púlpito, y jamas predicó con mas energia y elocuen-

cia. Concluido el sermón, el caballero que se había quedado á oírle, le confesó, que estaba admirado de su serenidad. Le instó fuertemente, para que no omitiese cosa alguna para salir de un negocio, cuyas mas mínimas circunstancias eran igualmente peligrosas á su reputacion y á su vida, si llegaban á probarse. Francisco le respondió, que estaba resuelto á justificarse, pero que quisiera poderlo hacer sin perjudicar á sus enemigos. El caballero replicó, que importaba muy poco que su justificacion fuese á costa de quien fuese, con tal que se lograra: que sus acusadores no podian ser sino unos malvados que no merecian, que se les tuviese miramiento alguno; y que era justicia el cubrirlos á lo menos de la confusion que tenian tan bien merecida. Francisco se contentó con decirle, que no pensaba como él sobre este particular, y que Dios le haria la gracia, de que se justificase, sin acusar ni incomodar á persona alguna. Partió pues al momento para ir á ver al Rey y hacerle patente su inocencia.

Pero ya estaba justificado en su interior, cuando llegó á hablarle. Aquel gran Príncipe no habia podido fijar su consideracion sobre la inocencia de sus acciones, sobre la santidad de su vida, sobre su dulzura, celo y desprendimiento de las cosas del mundo, sin que desde luego lo creyese inocente: se reprendia á sí mismo por haber podido sospechar que fuese capaz de un crimen, en que no podia pensar sin horrorizarse. Así es, que habiendo entrado en el cuarto del Rey con aquel aire sereno y tranquilo que demostraba bien su inocencia, desapareció del ánimo del Príncipe, lo que le hubiera podido aun quedar de recelo y sospechas. El mismo le previno; y apartándose con él á solas, le dijo, que no se tomase la molestia de justificarse: que cuanto mas enorme era el delito de que se le habia acusado, tanto menos capaz le habia creído de cometerlo: que estaba persuadido de su afecto; y que si era nece-

sario, responderia él mismo de su inocencia. Francisco respondió, que jamas se habia mezclado en negocios de Estado; pero que si tuviese que hacerlo, no empezaria por una accion tan negra y tan indigna de los favores que habia recibido de S. M.: que le aseguraba, que nunca habia recibido orden alguna de su Príncipe en contra, ó perjudicial á su servicio; y que ninguna consideracion, ni autoridad habia sobre la tierra que pudiese obligarle á conspirar contra el menor de los hombres, y mucho menos contra el mas grande y mejor Príncipe del mundo: que los que le habian acusado no conocian el ardiente celo que tenia por S. M.; y que muy lejos de atentar á una vida tan preciosa, Dios le era testigo, de que estaba pronto á dar la suya por conservarla. Habiendo dicho estas palabras, hizo una gran cortesía para besar la mano á S. M.; pero aquel gran Príncipe, abrazándole tiernamente, le dijo en voz baja: *señor de Ginebra, yo estoy bien persuadido de lo que me habeis dicho: seamos mas amigos que nunca.*

Cualquiera otro que Francisco, hubiera pedido justicia contra sus acusadores: no se hubiera carecido de razones especiosas, y el honor debido al caracter hubiera servido de pretexto para la venganza particular. Estaba tan distante de abrigar tales sentimientos en su corazon, como resuelto á pedir el perdon al Rey, si hubiese conocido, que tenia intencion de castigarlos; pero los Príncipes se ven obligados á disimular muchas cosas, y los mismos que como Enrique aman mas la justicia, tienen muchas veces razones para no hacerla tan recta como podria desearse.

Mas á falta de aquella satisfaccion que Francisco no exijia, apenas hubo salido de la cámara del Príncipe, cuando este llamó á Deshayes y le preguntó á cuanto subia la renta del obispado de Ginebra. Deshayes respondió, que en otros tiempos habia sido muy rico; pero que desde que los ginebrinos se habian apoderado de la

mayor parte de sus bienes, lo mas que tenia, eran tres ó cuatro mil libras de renta. Replicó el Rey, que esto no era suficiente para un hombre del mérito del Coadjutor de Ginebra, y le mandó que le ofreciese de su parte una pension de mil escudos, de la que iba á mandarle estender el correspondiente despacho.

Deshayes fué al instante á cumplir con su comision. Francisco, que ya habia rehusado una pension mas considerable, creyó, que habria algo de afectacion en obstinarse en rehusar las mercedes de un Rey tan grande. Respondió pues á Deshayes, que le suplicaba, que diese las gracias en su nombre á S. M., y que le dijese, que sus dones le hacian demasiado honor para rehusarlos; pero que como entonces no tenia necesidad de dinero, y que además él no sabia guardarlo, suplicaba á S. M. que aquel dinero quedase en poder del tesorero de ahorreros, á quien se lo pediria cuando lo necesitase. Bien conoció el Rey que aquello no era sino un pretesto honroso para rehusar la pension, pero le pareció tan bien ideado, que no pudo menos de decir, *que jamas habia concedido una pension, de que mejor le hubiesen dado las gracias, que la que habia ofrecido al Obispo de Ginebra.*

A pesar de lo mal que salió la acusacion de Francisco á los que la hicieron, no dejó este de mirarla como un aviso del cielo, para que se alejase de la Corte. Redobló sus instancias para la conclusion del negocio de la Bailía de Gex; y pasó á hablar de ello al mismo Rey. Sin embargo, por deseos que tuviese aquel gran Principe de complacerle enteramente, no le concedió sino una parte de lo que pedia; pero fué, añadiendo estas satisfactorias palabras: *que él desconfiaria del celo de cualquiera otro, pero que estaba asegurado de que el del Coadjutor de Ginebra no produciria jamas sino buenos efectos para el servicio de Dios y para el suyo.*

Despues que Francisco le dió humildemente las gra-

cias por el buen concepto en que le tenia, le hizo presente, que como podrian ofrecerse dificultades en la ejecucion de su voluntad soberana, necesitaria aun cartas de S. M. para el Baron de Luz, y para su Parlamento de Dijon, de las que le suplicaba que tuviese á bien el que se sirviera en caso de que ocurriesen algunas diferencias, que debiesen terminarse por medio de su autoridad; y además le suplicó que hiciese estensiva la proteccion con que tenia á bien honrarle, á los eclesiásticos de las Bailías de Gex, de Bugey y de Valromey.

El Rey, que no sabia obligar á medias, condescendió al momento con todas sus peticiones. Asi es, que no teniendo Francisco mas negocios que desocupar en la Corte, se despidió de S. M. y partió para Annecy con gran sentimiento de sus amigos.

A pocas jornadas de Paris recibió unas cartas, en que se le comunicaba la muerte de Claudio de Granier, Obispo de Ginebra. Este era un Prelado de gran mérito, de una eminente santidad, y de una capacidad sobresaliente. Su nacimiento era ilustre y pertenecia á una de las casas mas nobles y mas antiguas del pais: se habia criado desde muy niño en el monasterio de Talloires del Orden de San Benito; habia profesado en él, y era Prior, cuando el Duque de Saboya le nombró para el obispado de Ginebra. Gobernó aquella Iglesia por espacio de veinte y cinco años con tanta prudencia, piedad, celo, firmeza y dulzura, que se adquirió la estimacion y el cariño de toda su Diócesis. Era austero consigo mismo, y su elevacion al obispado de Ginebra, nada le hizo aflojar del rigor de su regla, de la que fué un religioso observante hasta la muerte. Amaba á los pobres, como si fueran sus hijos: economizaba hasta lo sumo, y carecia de todo para poder socorrerlos, de suerte que á pesar de lo corto de su renta no dejaba por eso de hacer muchas y grandes limosnas. Estuvo



muy maló en los últimos años de su vida; pero sus continuas enfermedades no servian sino de hacer resaltar su paciencia, y su desprendimiento de las cosas del mundo. Dió una prueba de esto que jamas será suficientemente apreciada, eligiendo á Francisco para sucesor suyo en perjuicio de su sobrino, á pesar de que este tuvo todas las cualidades que podian servir para formar de él un santo Obispo. Su memoria está en bendicion; y la Iglesia de Ginebra le mira aun en el dia de hoy como uno de los mas grandes Prelados, que la hayan gobernado desde su fundacion.

Francisco, que siempre le habia honrado como á un padre, y que le amaba como su bienhechor, le lloró con lágrimas tanto mas sinceras, quanto que no tenia ambicion por sucederle. Aun no habia vuelto en sí de los santos temores, que le habia causado el obispado: quanto mas cercano le veia, mas indigno se juzgaba de obtenerlo; y si hubiera podido hacer inmortal á su predecesor, lo hubiera hecho con el doble motivo de no sucederle jamas. Sin embargo, como se veia en la absoluta necesidad de llenar la plaza vacante, se trasladó en posta á Saboya: no quiso entrar en Annecy, temeroso de que la alegría de la llegada de un nuevo Obispo no disminuyese el dolor tan justo que se experimentaba en aquel pueblo por la muerte de su predecesor. Escogió el castillo de Sales para su retiro, y allí fué donde se dirigió para prepararse á su consagracion. El territorio de Sales tenia antes el título de Condado, hasta que el Duque de Saboya le erigió en Marquesado. La situacion del castillo, que está en una pequeña llanura al pie del monte Téree, es bastante agradable, y el rio Filire que pasa al pie de él, aumenta su hermosura. La casa es de las mas cómodas, y puede juzgarse de esto al ver que tiene veinte y cinco habitaciones con sus gabinetes correspondientes, todos á piso llano. Los jardines y demas cosas corresponden al edificio, de manera que puede de-

cirse, que es una de las casas mas hermosas de toda la Saboya. A pesar de esto, no fué por este motivo por el que Francisco la eligió para disponerse á su consagracion: estaba muy penetrado del espíritu de penitencia para abrigar semejantes sentimientos; pero le hubiera sido difícil encontrar un lugar mas solitario, ni mas retirado del trato de los hombres. La proximidad de Annecy fué otro de los motivos que le hicieron retirarse á ella; y los ruegos de la Condesa de Sales su madre acabaron de determinarle.

Empleó los primeros dias despues de su llegada en recibir las visitas y parabienes del clero, de la nobleza y de todas las corporaciones de su Diócesis, que fueron á felicitarle por su dichosa vuelta, y por su feliz advenimiento al obispado. En quanto se vió desocupado de la muchedumbre y se quedó solo, envió á Tonon á suplicar al padre Fourrier Jesuita, que se fuese á Sales, y que tuviese á bien servirle de director en unos ejercicios de veinte dias, que tenia intencion de hacer. Bajo la direccion de este sabio y piadoso Jesuita y por su consejo, compuso el plan de conducta que habia resuelto guardar toda su vida. La confesion general de todos sus pecados, la meditacion, el silencio y ayuno, y las mortificaciones mas austeras sirvieron de preparativos para el intento, que tenia de trabajar seriamente en la edificacion de su pueblo por medio del arreglo en su persona y casa. Como por la constante y fiel observancia de las leyes que se prescribió entonces, fué por donde llegó al alto grado de perfeccion que le ha hecho el objeto de la veneracion de todos los fieles, se ha creído, que se daria gusto al lector, refiriéndolas. Se empezará á hacerlo por los estatutos concernientes á lo exterior, para venir á parar en seguida en los pertenecientes á lo interior.

Se impuso pues una ley de no llevar jamas telas de seda, ú otras demasiado brillantes y lustrosas, como

verbi gracia el camelote; é ir siempre vestido de lana, y tan sencillo como antes de ser Obispo; no siendo la magnificencia en los vestidos diarios la que debía distinguir á un Prelado, de los demas sacerdotes. Resolvió no comparecer jamas en la Iglesia, ni en público, sin el roquete y la muceta, y usar estas dos cosas aun dentro de su misma casa todo lo posible; siendo esta especie de traje como una continua advertencia, de la compostura, modestia y recato que debe guardar un Obispo en su casa, lo mismo que en cualquiera otra parte. Puede referirse tambien en este lugar la precaucion, que se prescribió de no hablar jamas sin testigos con personas del otro sexo.

Su casa debía ser segun las mismas reglas limpia, pero sencilla, sin pintar y sin otros cuadros sino los de devocion, y estos habian de ser pocos y de poco precio: desterró de ella el lujo en los muebles, y no consintió sino á duras penas en que hubiese en ella dos cuartos con colgaduras, uno para los huespedes que pudieran venirle, y otro para recibir las visitas.

Se propuso no tener coches, litera, ni silla de manos. Debía ir siempre á pie aun para hacer la visita de su Diócesis, y por malos que fuesen los caminos, á menos que el mal tiempo no le obligase á montar á caballo.

Reducia sus familiares á dos sacerdotes, de los que el uno debía servirle de limosnero, y acompañarle á todas partes; el otro debía estar encargado del cuidado de las rentas y de velar sobre los sirvientes: añadia además á su familia dos ayudas de cámara; uno para servir á los forasteros, y el otro para sí; un solo lacayo y dos criados de cocina. Les estaba prohibido llevar espada, ni vestido de otro color que de un gris muy obscuro; debian ser todos arreglados, modestos, de una conducta edificante, y que frecuentasen los santos sacramentos. Toda suerte de juegos les estaba prohibida,

y se tenia cuidado además de ocuparlos tan útilmente, que no les quedase tiempo de sobra para emplearlo en el juego.

Les estaba espresamente mandado, que tuviesen mucho respeto á todos los eclesiásticos, y particularmente á los sacerdotes: él mismo debía darles el ejemplo. Su casa estaba siempre abierta para ellos, y estaba prohibido á los de fuera que no tenian casa en la ciudad, el que fuesen á parar á otra parte que á la casa episcopal.

Podrá creerse, que mil escudos de renta ó cerca de ellos que valia entonces el obispado de Ginebra, no le permitian tener mas gasto; pero prescindiendo de que aquel pais es tal vez el mas barato del mundo, como era el primogénito de su casa, y el Conde de Sales su padre jamas habia querido consentir en que renunciase á sus derechos, tenia con que vivir con mas opulencia, si su modestia y su amor á los pobres no se hubiesen opuesto á ello.

En cuanto al trato de su persona y arreglo de su mesa, creyó deber practicar exactamente lo que mandan los concilios con respecto á la templanza y frugalidad de los Obispos. No debian servirse á la mesa sino manjares comunes, á menos que tuviese convidado algun sugeto de distincion, porque se habia impuesto tambien la ley de evitar toda singularidad; pero aun entonces mismo debía, sin que pareciese que lo hacia de intento, tomar de lo mas ordinario que se sirviera; y tenia un tino particular para no tocar á los platos mejor guisados. Los sacerdotes debian, siempre que pudiera ser, ocupar los primeros asientos en su mesa. Debía leerse en ella algun libro bueno hasta cerca de mitad de comida, y emplear lo restante del tiempo en hablar de cosas útiles.

En una palabra, como habia aprendido de San Pablo, *que el que no sabe arreglar su casa, será aun mucho mas incapaz de gobernar la Iglesia de Dios,*

nada omitió para poner tal orden en su familia, que pudiese servir de modelo á las demas. Asi es, que habiendo elegido él mismo sus criados con todo el esmero posible, trabajó tambien del mismo modo en hacerlos de una vida y conducta ejemplar. Este es el motivo por el cual, aunque tuviese un sacerdote destinado para vigilar sobre ellos, no se creia dispensado del cuidado personal que debia tener en este punto. Vivía con ellos como un padre con sus hijos; y acostumbraba decir que no seria nunca escesiva la bondad con que se les tratase: que se estaba en obligacion de consolarlos de la desgracia de su condicion, tratándolos con buenos modos, y que si la Providencia hubiera dispuesto de otro modo, nosotros estaríamos bajo sus órdenes, asi como ellos estaban bajo las nuestras.

Sabia no obstante contener aquella bondad en sus justos limites, porque si acontecia, que alguno de ellos no tuviese el buen comportamiento que exijia una casa tan bien arreglada, era reprendido en el acto mismo en que se notaba su mal porte, ó despedido, si la falta lo merecia.

Quiso, que se usase de igual bondad y condescendencia con los arrendadores del obispado y con los que le debian alguna cosa: sufría algunas veces por esta causa, y su mayordomo le daba quejas á menudo sobre el particular; pero él respondia, *que un Obispo no debia ser riguroso en exigir sus rentas, y que nada le estaria mejor que el ceder algunas veces de sus derechos.*

Ademas de las limosnas particulares y secretas, que debian ascender á mucho, puesto que jamas la negaba, quiso, que se hiciesen limosnas públicas en la puerta de palacio, en el hospital, en los franciscanos y dominicos, y en las monjas de santa Clara. Decia con este motivo, que no es permitido á un Obispo el ocultar todas sus buenas obras, sobre todo las que son de obligacion, como la limosna; porque uno de sus deberes

mas principales es, el dar buen ejemplo á su pueblo.

Por la misma razon de la edificacion del prójimo, se impuso una ley de encontrarse en todas las funciones piadosas, que se celebrasen en todas las Iglesias de la ciudad; y en efecto, siempre se le vió asistir á los divinos officios y al sermon; siendo una de sus máximas, que cuando se trata del servicio de Dios y del prójimo, siempre debe un Obispo comparecer el primero á la cabeza de su pueblo.

Pero lo que se propuso sobre todas las cosas, fué, el no encargar á persona alguna el cuidado de los pobres y enfermos, el visitarlos él mismo y el consolarlos en persona, como tambien el proveer por sí mismo á sus necesidades; y lo hizo despues con tanta exactitud, que dió lugar á admirarse de como podia con tan poca renta atender á tantas cargas. Verdad es, que en las ocasiones urgentes empeñaba hasta su capilla. Pero despues de todo, su ejemplo ha hecho conocer muy bien, que cuando uno está bien resuelto á negar al lujo y á los apetitos lo que piden fuera de lo necesario, siempre se está en disposicion de dar limosna.

En fin, hizo una firme resolucion de no pleitear jamas, y de sufrir mas bien que se le hiciese agravio, que seguir su derecho en justicia. Decia sobre esto, que si San Pablo prohibe los pleitos á todos los cristianos, con mayor razon se les prohibe á los Obispos: que una de las principales cualidades que exijia de ellos aquel Apostol, era, que no amasen los litigios, y añadia lo que todo el mundo sabe ser una de sus máximas: *que en cien libras de procesos no habia una onza de caridad.*

Habiendo arreglado Francisco de este modo lo exterior, ó por decirlo asi, los afueras de su palacio, hé aqui lo que se propuso seguir con respecto á su persona y á lo interior.

Debia levantarse todos los dias á las cuatro de la mañana, hacer una hora de meditacion, rezar horas, ha-